

# La psicología de los aparadores<sup>1</sup>

Fotografía: Alejandro Arteaga



## Rip-Rip

NADIE NEGARÁ, SI NO TIENE TELARAÑAS en los ojos, que la vueltecita por Plateros ha llegado a formar parte principal de la vida de la tercera parte, cuando menos, de nuestra sociedad.

En efecto, según sabias estadísticas que tengo a la mano, por término medio cincuenta mil varones y cincuenta mil hembras recorren diariamente a pie, a caballo, en coche o en bicicleta la gran arteria de la Capital, y esto sin contar los desocupados que han hecho de esas calles su gabinete de negocios, su café al aire libre o su centro de operaciones donjuanescas.

Ahora bien, ¿qué es lo que atrae a esa turba de todos sexos, estados, edades y condiciones? La conceptuosísima *Memoria estadística* que tengo a la mano, afirma que cuando menos la tercera parte de los cincuenta mil hombres que recorren la avenida durante el día, y las cincuenta mil mujeres, van atraídos por los aparadores. El resto de los varones va en busca de los amigos, de las cantina y de la chismografía.

<sup>1</sup> En *El Nacional*, 21 de abril de 1896.

Podrá suceder que las cincuenta mil mujeres consabidas vayan también por lucir un traje, por ser vistas, pero su intención prístina, primordial, es solazarse frente a los grandes cristales de las casas de comercio.

Ahora bien, he pensado, y conmigo probablemente otros, que podría hacerse una curiosa psicología de las y los que se detienen frente a los escaparates, y la cual llamaríamos, maguer la impropiedad de la frase, psicología de los aparadores.

La tendencia a la observación y al análisis, que caracteriza a nuestra actuales generaciones, justifica plenamente esa psicología, que, por lo demás, resultaría divertida y daría lugar a trascendentales conclusiones.

Supongamos, por ejemplo, que una mujer pobre se detiene frente a un rimero de sedas y encajes y se deleita viéndolos.

¡Mal indicio!, esa mujer no está satisfecha con su suerte, ama con pasión el lujo; sedúcele el brillo del mundo, y como pasaron ya para no volver los tiempos en que un potentado se desposaba con una pastora, y como por lo mismo si esa mujer se casa se casará con un pobre, fácil es presumir que será muy desgraciada, y más que ella, el marido, que pronto se agriarán los ánimos de ambos; la paz se irá y acaso, acaso asomará el crimen su cabeza en el hogar y la mujer irá al arroyo y el marido... sabe Dios a dónde.

En general, la mujer, pobre o rica, que se detiene frente a un aparador, por largo tiempo, lleva en su mente los gérmenes de todas las volubilidades y de todos los deseos; si siendo pobre es hermosa, parece decir con sus miradas ávida de matices de sedas y de alburas de encajes... “¿quién compra esto para mí?” Ansía un comprador de géneros que después cobrará su deuda.

La mujer joven que se detiene frente a un escaparate donde se exhiben prendas de niños y pasa de largo frente a los otros, me cautiva. Es madre, sin duda, o va a serlo. Ama el hogar, las dichas íntimas y castas, su juicio es recto y su corazón bueno.

A los paradores de la Esmeralda acércanse dos categorías de personas: los curiosos y los tentados por esos guijarros que brillan mucho. Los segundos o las segundas, mejor dicho, son dignas de compasión. Gravitan todos su anhelos en redor de un aderezo que vale mucho... y los mefistófeles abundan.

Hay, por último, quien se detenga frente a un parador de *mexican curiosities*, de muñecas de barro, de dibujos de pluma o de filigranas de plata: a esos dejadlos: o son americanos o son... buenas gentes.

Los aparadores de las librerías merecen psicología aparte, y acaso la “hagamos” pronto.

En cuanto a los individuos que se deleitan frente a un aparador de tienda de abarrotes donde se muestran su apoplético color los camarones y las langostas... están clasificados ya. 